

# CUADERNOS DE HISTORIA 23

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 2003



## DIVAGACIONES E HISTORIA DE LA ARAUCANÍA

*Sergio Villalobos R.*  
Universidad de Chile

Interesante y discutible, bajo muchos aspectos, es el libro de Jorge Pinto *De la inclusión a la exclusión* (Santiago, 2000). Está orientado por un pensamiento rector de comienzo a fin, su estructura es clara y coherente y el manejo de las ideas siempre es lógico. Agreguemos que descansa en investigaciones de muchos años del autor y en otras más recientes.

Sin embargo, se pueden hacer objeciones a todas esas características, que restan valor a la obra.

En primer lugar, el discurrir lógico no es necesariamente verdadero, porque es una categoría abstracta que puede descansar o no en hechos reales. Acudamos al manoseado ejemplo del silogismo sobre la manzana: las manzanas son comestibles, ésta es una manzana, luego puedo comérmela. Hasta ahí todo está bien, pero si en lugar de la fruta he tomado una piedra, el desengaño será terrible.

Lo mismo ocurre en la historiografía, donde se pueden construir armazones lógicas sin base en la realidad.

En términos generales, la obra de Pinto presenta ese problema. Descansa sobre información incompleta, omitida o no pesada en toda su proyección. Es una construcción de espaldas a la realidad.

Ese método o falta de método se encuentra en todas las partes de la obra, sea en la concepción general o en el enfoque de cada materia específica.

Si tomamos la hipótesis mayor, la objeción también puede ser mayor. Según el autor, hasta los comienzos de la emancipación la etnia araucana estuvo incluida en la sociedad hispanochilena, lo que nos parece una exageración de la “vida fronteriza” que hemos sostenido en varias obras. El hecho de que hubiese comercio, mestizaje, actividad misionera, indios amigos, un comisario de naciones, capitanes de amigos y caciques gobernadores, no significa de manera alguna que hubiese inclusión. Por algo hay una frontera, por ambigua que parezca, y es necesario efectuar parlamentos para acordar pautas de entendimiento, todo ello en medio de una convivencia bastante pacífica, aunque rodeada de sospechas y en situaciones tensas.

En lo esencial, ambas colectividades se rechazaban y no estaban compenetradas íntimamente, aunque ocurrían contactos de todo tipo que al fin pueden interpretarse como los primeros pasos de una integración, que se cumpliría plenamente años más tarde, durante la república y entre choques armados.

En historia, las afirmaciones tajantes muchas veces son arbitrarias y deben ser reemplazadas por matices y salvedades.

El otro término de la proposición resulta más equivocado aún.

Durante la república y no obstante periodos de beligerancia, en ocasiones muy violentas por ambas partes y los abusos protagonizados por gente común y aventureros mestizos, se inició una etapa de inclusión que se prolonga hasta el día de hoy.

Naturalmente que el proceso de integración, acelerado a partir de 1862 y más intenso todavía después de 1881, ha tenido tropiezos y se ha desenvuelto entre problemas que aún no desaparecen del todo.

Para entender la gran tendencia hay que tener presente que las instituciones creadas en la Colonia siguieron operando: indios amigos, caciques gobernadores, capitanes de amigos, parlamentos, misiones y viajes de caciques a Santiago. Al mismo tiempo, siguió operando el comercio, que el mismo Pinto recalca con entusiasmo, el mestizaje y la transculturación. Para probarlos basta leer a Domeyko, Varas, Smith y Treutler, y también los informes de las autoridades y de los militares como Saavedra, Chacón, Letelier y tantos otros.

Las tareas emprendidas en la Araucanía fueron el mejor medio de integración: caminos, puentes, escuelas, hospitales, ferrocarril, telégrafo, administración de justicia y policía, aunque éstas dos últimas tuviesen sesgos discutibles.

El fenómeno fronterizo ha sido turbulento en todas partes del mundo y desde los tiempos más remotos. Sobreviven elementos culturales y sociales de los sometidos, la nueva autoridad es precaria, la ley tiene escaso imperio,

acuden tipos indeseables, el abuso y el bandidaje son difíciles de contener y predomina la ley del más fuerte. El proceso organizativo es lento y la incorporación tiene mil tropiezos. Sin embargo, de ese mundo caótico surge un ordenamiento y la integración, que en el caso de los araucanos es evidente.

El uso del castellano se extendió, a la vez que el idioma autóctono retrocedió. Los caciques enviaron sus hijos a las misiones, procuraron que aprendieran a leer y escribir, algunos tuvieron maestros para la enseñanza de sus niños y también hubo nativos con título de profesores normalistas, aunque todos estos hechos, como es obvio, no fueron predominantes en un comienzo y su influencia fue escasa. Al menos demuestran la voluntad oficial de integrar a los araucanos y no excluirlos.

Desde fines del siglo XIX y durante todo el XX el proceso de inclusión avanzó sostenidamente, tanto por las políticas, la voluntad de los mestizos araucanos como por la gravitación inevitable de los hechos.

El Estado se manifestó en plenitud, la autoridad fue respetada, hubo orden relativo, la justicia y la educación pública –primaria, secundaria y superior se afianzaron igual que en cualquier región del país. El desenvolvimiento económico fue notable. Se expandieron las redes camineras y ferroviarias, la minería del carbón alcanzó rendimientos espectaculares, la agricultura se tecnificó, tuvo excelentes rendimientos y se conectó con el mercado interno y externo; apareció la pesca industrial, la actividad forestal, talleres industriales y fábricas, campos aéreos, centrales eléctricas, grandes hospitales, cuanta obra y actividad ha podido observar quien haya tenido los ojos abiertos. ¡Hasta se creó la Universidad de la Frontera!

Todo esto, para Jorge Pinto, es parte de la “agresión”, el “etnocidio” y el “exterminio” de los mapuche (quiere decir *pu mapuche* o sencillamente los mapuches).

Naturalmente que los catastrofistas y tremendistas ven solamente aspectos negativos: hay mala distribución del ingreso, altos niveles de pobreza, retraso tecnológico y otros problemas. Cabe preguntarse, sin embargo, si esa situación es producto de una discriminación o es bastante extendida en un país donde aún pesa la pobreza. ¿Cuál es la situación de los mestizos chilenos en Cochiguaz, Combarbalá, Lampa, Pencahue, Cholgo y otros mil lugares?

No obstante todos los lamentos que acumulan los catastrofistas, el avance de la Araucanía en poco más de un siglo no admite dudas. Ha habido dinamismo, actividad, fuentes de trabajo y educación, que, desde luego, no llegan a todos por igual.

Hace algún tiempo, un distinguido antropólogo e historiador peruano, Luis Millones, nos comentaba, después de haber visitado la región de Temuco,

haber quedado admirado del progreso y el carácter moderno de la zona. Comprendí, entonces, que en sus lecturas previas y el papeleo de la prensa, había sido víctima de los dramaturgos indigenistas.

La tendencia integradora ha dado resultado más allá de cualquier duda, y pretender negarla es cerrarse mentalmente a una realidad que no necesita ser demostrada. Puede ser que no llegue a niveles deseables, pero la situación es obvia en todas las esferas regionales y nacionales.

La población araucana y descendiente de ella que ha pasado por la educación básica, secundaria y superior, es muy amplia y ello le ha permitido integrarse a toda clase de trabajos como obreros, empleados y profesionales. Se les encuentra en todas partes desempeñándose con responsabilidad y eficacia, escalando mejores posiciones sociales y con afanes de superación.

En la empresa privada y en la administración pública se les encuentra en no escasa medida. También han formado parte del Congreso Nacional; en la primera mitad del siglo XX hemos contabilizado doce diputados, algunos de ellos en más de un período. Tampoco han estado ausentes en los cargos de ministro de Estado.

La inclusión es tan notoria, que ha habido una fuerte migración a las ciudades, principalmente Santiago, Temuco y Concepción y a otras más pequeñas y pueblos de la Araucanía. Si atendemos a los últimos censos, la mayor población que se reconoce como “mapuche”, es urbana.

En los cambios ocupacionales la distribución geográfica de los mestizos de araucanos se repite el fenómeno nacional de la emigración del campo a la ciudad. Los más inquietos y decididos, dispuestos a superar su situación, se radican en las ciudades, mientras los rutinarios y conservadores siguen apegados a sus tierras, probablemente de mala clase y sin renovación tecnológica, formando grupos empobrecidos dispuestos a seguir cualquier bandera de lucha.

Sobre el conjunto, en las ciudades y el campo, actúan los activistas intelectuales, que desean ver a sus objetos de estudio encerrados en sus terruños y en el ambiente de su cultura ancestral. En verdad que son partidarios de la segregación.

Jorge Pinto se sitúa en esa tendencia y no ha logrado superar su contradicción personal. Por una parte, acentúa el valor de la cultura araucana y lamenta su desintegración por los “huincas” y su Estado y, por otra, acusa de practicar la exclusión. Aislar e integrar son términos contradictorios.

Pero hay más aún; el libro *De la inclusión a la exclusión*, al polarizar las dos situaciones, ha violentado los fenómenos reales para apoyar la tesis. En la

época colonial no hubo propiamente una inclusión y en la republicana de ninguna manera una exclusión. La verdad es que hubo una tendencia fluida, desde la llegada de Almagro a nuestros días, que en un comienzo fue casi imperceptible y luego se desarrolló en profundidad. Es una tendencia progresiva, con altos y bajos, pero clara en su recorrido. Por momentos hubo tendencias destructivas, pero terminó por imponerse el sentido integrador.

En resumen, el libro no prueba la tesis básica.

A través de las páginas que comentamos no se percibe el menor propósito de comprender la historia del país y si eventualmente se alude a ella es de manera negativa y para formular condenas. Muchas veces la interpretación, burdamente marxista y anticuada, descansa en hechos mal conocidos o tergiversados en forma arbitraria.

Pruebas al canto. Al referirse a los años que median entre la Independencia y la Guerra contra la Confederación Perú-boliviana, la visión se centra exclusivamente en las dificultades de la exportación agrícola al Perú y el interés de los agricultores en recuperar ese mercado. Eso habría sido el objeto de la primera guerra (¿campana?) contra la Confederación (p. 58).

Deben hacerse dos salvedades. El mercado no se desarticuló enteramente en los años de la Independencia y menos en la etapa que precede a la guerra con Perú y Bolivia. En la primera ocasión porque no hubo real interés político en Lima ni en Santiago para cerrar el tráfico y hubo subterfugios para continuarlo. Barcos norteamericanos hacían transferencias en alta mar. En la oportunidad siguiente no hubo suspensión ni limitación; solo una pugna aduanera de menores consecuencias, aunque amenazante. En estas materias el autor ha seguido el ensayo de Luis Vitale *Interpretación marxista de la historia de Chile*.

Se ha desconocido el propósito de salvaguardar la independencia del país, con todo lo que ella significaba, contra la amenaza sobradamente probada de Santa Cruz.

Crudamente marxista es el planteamiento de Pinto sobre la índole del Estado chileno. “Desde nuestro punto de vista, el Estado surgió en nuestro país al alero de intereses de agricultores, mineros y comerciantes que necesitaban un mecanismo de control para ejercer el dominio sobre el territorio y la población que lo habitaba” (p.9).

Está claro. Los intereses egoístas y de clase fueron la base esencial, eficiente, del fenómeno. No hubo ningún idealismo, ninguna visión superior sobre el país, nadie pensaba en la sociedad total. El sentimiento patrio, ingenuo y anímico, destacable desde el siglo XVIII, no aparece, no está en las mentalidades con su sentido íntimo y espontáneo. Debe ser una manifestación de los

mercaderes, impuesta a una “comunidad imaginada”, al estilo del autor de moda, Benedict Anderson.

El pensamiento dirigido al bajo pueblo, aunque fuese como posición intelectual no cuenta en nada para Jorge Pinto. El enorme esfuerzo por levantar y difundir la educación, incluidas hasta las más modestas escuelas públicas, tampoco merece atención. Quizás haya sido mejor así, porque es casi seguro que habría caído en las teorizaciones de Mattin Cornay, Bruce Curtis y Adriana Puiggrós, que ven a la educación como un instrumento del Estado burgués y de la lucha de clases.

La falta de comprensión de la historia nacional es llevada al extremo cuando se afirma de manera rotunda que “aparentemente los grupos dirigentes del siglo XIX tuvieron éxito en el manejo de la economía, en la construcción del Estado y la nación y en los conflictos que tuvimos con los vecinos del norte” (p. 212). El éxito sería aparente, porque los beneficios no llegaron a todos y subsistieron situaciones injustas y discriminatorias. Tiene razón en esto último, pero el uso que da a esas circunstancias bordea los márgenes de la historia y pasa el campo de los deseos personales, a una utopía colocada en el pasado.

La historia no fue como la hubiese deseado el autor. No hubo salarios dignos, reajustes anuales ni negociaciones colectivas. Tampoco seguros de accidentes ni programas de vivienda. No podía haberlos porque no se estaba en el siglo XX ni en un clima de sensibilidad social. Cada época hay que entenderla en sí misma y no a impulsos ideológicos del que la estudia.

Es cierto que el límite de la descripción neutra y de las obsesiones del historiógrafo es muy tenue; pero en el caso que nos ocupa la trasgresión es muy evidente e irrumpe continuamente.

Otra objeción que se debe formular es que una apreciación global sobre un período histórico, como el éxito chileno del siglo XIX, tiene que mantenerse en categorías generales y sobresalientes. La relativa estabilidad política, la solidez de las instituciones, el triunfo sorprendente sobre enemigos más poderosos, el extraordinario desenvolvimiento económico y el desarrollo de la educación pública y de las tareas intelectuales, son los grandes fenómenos que marcaron el trayecto. En 1820, las entradas fiscales ordinarias sumaban 1,9 millones y en 1899 eran de 83 millones. Tres años antes habían llegado al máximo secular de 162 millones. La población escolar en la Educación Primaria fiscal era de 14.854 escolares en 1855 y en 1900 sumaba 157.330.

No hay duda de que el éxito no era aparente, lo que no significa que no hubiese rincones oscuros, como en toda sociedad.

Para Jorge Pinto la construcción del Estado y la nación fueron fatales para el pueblo araucano. “Ambos fenómenos se transformaron en la peor agresión

que experimentó el mundo indígena en toda su historia, arrebatándole sus tierras y excluyéndolo del proyecto nacional que se empezó a formular en la primera mitad del siglo XIX” (8).

Más adelante, en varios lugares el autor insiste en la agresión (pp.11, 122 y 129), que es parte esencial de su interpretación.

La cantidad de apreciaciones equivocadas es asombrosa, e igualmente la omisión deliberada de aspectos trascendentales.

El empleo del término agresión es tendencioso y muestra un desconocimiento del idioma y un afán dramático impropio del razonar científico. Según el *Diccionario* de la Academia, agredir es “acometer a alguno para matarle, herirle o hacerle cualquier daño”. Concedamos que en forma figurada puede dirigirse a una colectividad; pero lo que importa es si acusa, en el caso de la Araucanía, un fenómeno claro y simple.

Es indudable que en el siglo XVI y comienzos del XVII hubo agresión lisa y llana y que el fenómeno reapareció de vez en cuando cada vez de manera menos intensa, hasta desaparecer.

Con raras excepciones, los gobernantes coloniales emprendieron acciones siniestras, y no debe confundirse con ello la realización de campañas militares para fundar ciudades y fuertes, defender la línea fronteriza, contener los malones y resguardar la vida de los súbditos.

También puede decirse lo mismo de los estadistas y los jefes militares de la república, que jamás pensaron ni elaboraron planes para “agredir” a los hijos de la Araucanía. Al contrario, siempre pensaron en una incorporación pacífica y razonable hasta donde fuera posible. Más aún, había admiración por la etnia autóctona, amistad con muchos caciques y en la práctica se trató de llegar a acuerdos.

Estamos señalando solo intenciones y planes, y no lo que ocurrió realmente por las vicisitudes del roce y del enfrentamiento.

Es cierto, sin embargo, que en algunos círculos de la elite y de la prensa se instaba a penetrar en forma destructiva. Pero no fueron escuchados por las autoridades.

Habría sido deseable que Pinto hubiese ponderado estos hechos incorporándolos a su escrito, en lugar de hacer una exposición unilateral con visos de escándalo.

En forma adicional, nuestro autor señala que en el siglo XIX hubo un propósito de exterminio y no vacila en hablar de genocidio, inscribiendo a Chile con el resto de las naciones de Latinoamérica. “Todo el peso de los estados

nacionales se dejó caer, sin contemplaciones, sobre las comunidades nativas que aún sobrevivían” (p.129). Años atrás, en 1992, en la revista *Estudios Sociales* de CPU, había anunciado sus drásticas concepciones: en 1859 se habría puesto en marcha “el afán de arrasarse con los mapuche, sueño largamente acariciado por las autoridades coloniales y, más tarde, por las autoridades de la República”.

Sobre el propósito de exterminio nos remitimos a lo ya dicho.

En cuanto a la noción de genocidio, empleada por Pinto en alguno de sus trabajos “del cual no quiero acordarme”, el afán tremendista es evidente y no se duda en emplearlo con intención efectista.

El *Diccionario* de la Academia define el término sin dejar lugar a dudas: “Exterminio o eliminación sistemática de un grupo social por motivos de raza, de religión o de política”. La expresión cobró todo su trágico significado a raíz de la persecución de los judíos en la Alemania nazi y desde entonces quedó como designación de un hecho horroroso en que se emplearon los métodos más inhumanos.

Hablar de genocidio en la Araucanía no tiene otro propósito que sugerir una hecatombe dirigida desde arriba para exterminar a sus habitantes autóctonos sin misericordia ninguna. Pero no es el caso de lo que allí ocurrió.

Insistiremos en que no hubo afán de exterminio, salvo en algunos momentos del comienzo colonial y que, por el contrario, pese a la lucha, la intención fue salvar a la etnia y asimilarla. Los hispanocriollos necesitaban a los nativos para el trabajo y aunque en el hecho hubo guerra y atrocidades, no existieron planes de “arrasarse” con los araucanos. La actividad misionera para convertirlos, el trato continuo con ellos, la celebración de parlamentos, el mestizaje y el comercio son buena prueba de lo contrario.

En el período republicano tampoco se ve un propósito oficial y sistemático de eliminación, porque se les consideraba chilenos y sujetos a la ley del país; también hubo tratos, acuerdos y parlamentos y existió admiración por una “raza” que valía la pena preservar como se demuestra en los escritos recordados anteriormente. Las acciones bélicas y ciertas formas duras de represión frente a los ataques y depredaciones no implican planes sistemáticos ni atrocidades. Solo fueron parte de una lucha despiadada por ambos lados y de carácter esporádico.

Una vez más queda en evidencia el tremendismo de los intelectuales indigenistas.

Ligado al tema del genocidio se encuentra la destrucción de la cultura araucana, que sería parte del propósito aniquilador. En tal sentido, se sigue

una tendencia mundial, que tiene el respaldo solemne de las Naciones Unidas y que, por lo tanto, pasa a ser una verdad inconcusa. Según aquel organismo, el aplastamiento de una cultura, aunque sea de la manera más desprevenida, es un atentado tan grave como el genocidio y debe ser condenado por igual. La creación de escuelas, la enseñanza de otro idioma o la difusión de una religión extraña forman parte del etnocidio.

Los intelectuales, los artistas, los periodistas y los políticos se solazan con la palabra “etnocidio”, que resulta dramática, conmovedora y con visos sanguinolentos. Pronunciado con voz campanuda, el vocablo suena terrible por resonancia eufónica, parece homicidio, uxoricidio o magnicidio, con lo cual ya se puede impresionar a los cándidos.

Hay que tener cuidado. Cuando a un indígena se le ofrece una Coca-Cola puede estarse impulsando un terrible holocausto.

La palabra etnocidio ha hecho fortuna. Anda en boca de reporteros en busca de “la nota humana”, promotores culturales, poetas sin tema, congresales ávidos de votos, estudiosos (aunque no mucho) del pasado y presente indígena, funcionarios públicos ansiosos de ser promovidos y algún ministro escasamente conocido, deseoso de expresar “de que” el tema es “prioritario”.

¡Y no hay más! Escriba etnocidio y ya tendrá asombrado al mundo.

Desde el punto de vista opuesto, no hay duda de que las culturas de los antiguos pueblos originarios merecen ser consideradas y salvaguardadas, aunque con algunas reservas. Tratándose de los mestizos de araucanos se ha tratado de preservar su legado cultural y no tienen razón de ser las denuncias acusatorias, pues no se entendería por qué se elaboraron y siguen elaborando numerosos vocabularios, glosarios etimológicos, gramáticas, diccionarios y otros estudios lingüísticos, algunos de ellos altamente especializados sobre fonética, léxico y estructura gramatical. En la obra del distinguido lingüista Adalberto Salas, *El mapuche o araucano*, se registra una bibliografía de 106 títulos sobre asuntos idiomáticos.

Además del uso práctico, hay que reconocer que mediante esas obras se deseaba salvar para las futuras generaciones un idioma que carecía de escritura, hacerlo más comprensible y conocer íntimamente la cultura araucana.

Todavía habría que añadir la recopilación de memorias, relatos, leyendas y folclore. ¡Curiosa forma de agresión!

El profesor Pinto, llevado de su interés en preservar el *admapu* y las formas de vida araucanas, rechaza la cultura occidental por considerarla destructiva, enajenadora y fracasada (pp. 92, 96, 97, 130, 212 y 215). Spengler queda pálido.

En su opinión, Chile se construyó “Con modelos importados tratando de imponer, desde las alturas del poder, una unidad nacional y una actitud imitativa que postergaba nuestra cultura, nuestra diversidad y las raíces más profundas de nuestra identidad”. Más claramente aun, culpa a la “racionalidad occidental de no admitir la diversidad” (p. 212). Hay que preguntarse, entonces, si el racionalismo debe ser reemplazado por el espontaneismo, el desorden, la improvisación y los prejuicios.

Al parecer, el autor del libro *De la inclusión a la exclusión* no se ha percatado de la importancia de la cultura de occidente, a pesar de una supuesta decadencia, y no sólo para Chile, sino para el mundo entero. Frente a esa tendencia dominante no se entiende cuál puede ser nuestra diversidad y las raíces más profundas de nuestra identidad. Bastaría pensar en lo que debemos a Grecia en todos los campos formativos del ser occidental para comprender cuáles son raíces y cuáles raicillas.

Pensar de otra manera es solamente una posición emotiva nacida de un idealismo ciego, la añoranza y la frustración.

En el pensamiento del profesor Pinto hay una contradicción no resuelta y que él mismo parece no haber percibido, aun cuando el choque es entre dos conceptos de gran relieve. Por una parte, rechaza el predominio de la cultura occidental junto con la acción del Estado y la nación y, por otra, lamenta la exclusión de los araucanos y su arrinconamiento.

Hay que entenderse. La “inclusión”, que Pinto echa de menos, involucra incorporación a la cultura del país, a la política del Estado y el accionar de la nación, porque en caso contrario se produce el aislamiento, la “exclusión”. El raciocinio es, por lo tanto, inconsecuente.

Es probable que el autor piense que la cultura, las costumbres y las instituciones sociales de los araucanos deban ser acogidos –y en verdad que en gran parte lo son– pero no se da cuenta de que la cultura y la sociedad dominantes han terminado o terminarán por superponer todas sus categorías.

A todas luces parece más conveniente el camión que el transporte a hombro, el médico que la *machi*, la administración de justicia que la venganza; pero en todo caso deberían conservarse aspectos simbólicos como el *nguillatun* o el juego del *palican*, más conocido como la chueca.

Los mismos descendientes de araucanos desean incorporarse e igualarse con la sociedad y la cultura occidental, fuera de declaraciones y actitudes declamatorias en apoyo de su causa, que no es otra que alcanzar un nivel de vida igual al resto de los chilenos. Por esa causa se emplean en talleres e industrias, negocios, la administración pública, la pedagogía, el Ejército y

Carabineros, y todo lo que signifique un ascenso social. Emigran a las ciudades, la mayoría reside en ellas porque se niegan a la condena campesina, que quieren imponerles los intelectuales y los gobernantes. ¿Cuál es, al fin, la inclusión y la exclusión?

Ahondando en las materias culturales, Pinto se muestra crítico de lo que fue la extensión de la enseñanza pública. Aunque no la objeta de manera específica, es notorio que la considera negativa porque deterioró la cultura ancestral, igual que otros aspectos. Peor aún, en forma truculenta habla del “exterminio cultural” (p. 209).

La educación socavaba “las bases culturales de la sociedad mapuche” (p. 181). También hace suya la opinión de Pablo Marimán, quien sostiene “que la educación impuesta por el estado socavó las bases de la educación mapuche basada en la reproducción oral de conocimientos y creencias que operan desde la cotidianeidad en todos los actos de la conveniencia social” (p. 180). El propósito de enseñar a los hijos de los caciques para los efectos de la radiación, hizo que la imposición de la escuela fuera, para Marimán, “sutilmente violenta” (p. 180).

Para muchos autores, en suma, la educación ha sido un proceso de violencia y exterminio. Los nativos debieron quedar con su cultura inmutable, absolutamente “excluidos”, sin nada de castellano, matemáticas, sociología, antibióticos ni Internet. Hay que esperar el regreso de los *werkenes* y el perfeccionamiento de las *machis*.

No sabemos por qué Pinto y Marimán emplean la lengua de Cervantes, se expresan por escrito y utilizan la imprenta, pues debieran preferir la transmisión oral, los encuentros personales y las tertulias. De esa manera no formarían parte de la violencia ni del etnocidio.

Debemos hacer un esfuerzo por comprender el planteamiento de los dos estudiosos y que es generalizado entre los intelectuales indigenistas. Desgraciadamente, nunca han expuesto qué aspectos de la cultura deben mantenerse. Suponemos que son aquellos profundamente arraigados y que no entran en roce con la ética cristiana de occidente. En último caso, ésta sería medida fundamental de valores. Digamos que son aceptables las rogativas para obtener lluvias y abundancia de ganados; pero no asesinar por venganza.

El problema reside en encontrar la línea divisoria de lo aceptable y lo inaceptable. Imaginamos que el punto dirimente se sitúa entre hacer o no hacer el mal a nadie en lo que es parte de una vida inocua, y que marca la identidad étnica. A falta de otro nombre, la designamos como cultura simbólica.

De partida imaginamos que no hay un afán de prescindir del enorme aporte tecnológico y la asistencia social de la cultura dominante, que por algo lo es, y que se traduce en superación individual y nivel de vida.

Subsiste, sin embargo, un problema importante. Una cultura mayor es invasora, aun a partir de rasgos menores o simplemente materiales. Disponer de un arado de acero implica ahorro, crédito, trato con un negociante, aprendizaje de su manejo y recurrir eventualmente a un taller de reparaciones. Además, conlleva confianza en la técnica más que en las lluvias del cielo y las acciones mágicas. Habrá un mejor rendimiento, algunas monedas más y luego un televisor.

La cultura se introduce por todas partes, impone su huella y sólo deja el recuerdo sentimental del pasado perdido.

Los galeses y escoceses ya no saben casi nada de los celtas, aunque admiran los megalitos de Stonehenge. Están más preocupados de producir y comerciar con el resto del mundo.

Los intelectuales indigenistas y algunas autoridades, incluidos estadistas prestigiosos, están empeñados en luchar contra la historia. Para ello han tenido que propiciar una “historia oficial”. Especialmente grave es que haya estudiosos de la historia que reman contra la corriente, refugiándose en un remanso del pasado, sin darse cuenta de que la pequeña contracorriente no es más que una ilusión momentánea, ribereña, que desaparecerá con el caudal poderoso de las aguas.

Este punto de vista que hemos expuesto en libros, artículos científicos y de prensa, no ha sido refutado por nadie, quedando la impresión de que no hay razones que contraponer. Esta es una situación que se repite a menudo con los investigadores, que no se hacen cargo de interpretaciones diferentes y prefieren quedarse en un cómodo desconocimiento. La solvencia historiográfica queda defraudada.

Muchas veces hemos pensado que el actual cultivo de la historia en Chile, siendo tan interesante, adolece de fallas éticas y metodológicas.

En los grandes temas del libro del profesor Pinto, fuera de las interpretaciones equivocadas existen errores igualmente gruesos e inconsecuencias y fallas del discurso lógico, fuera del divorcio entre el razonar y la realidad, que invalidan la tesis central.

Además de esas fallas, a cada paso en los temas menores que apoyan las elucubraciones, hay equivocaciones y errores de percepción, que no deben dejarse pasar. Como no tienen un estricto desarrollo temático, los revisaremos al correr de las páginas.

Dice Jorge Pinto que el país encierra una diversidad regional, cultural y étnica y carece, por lo tanto de unidad, siendo ésta una imagen falsa.

Si se examina con minucia la realidad del país, podría afirmarse que hay diversidad; pero si se estima la situación global, las diversidades son pequeñas y aparecen desvahídas frente a un carácter fuertemente unitario. Los quince millones de habitantes hablan el castellano, con poquísimas excepciones hay una religión fuertemente predominante, las costumbres son las mismas, con excepción de algunas curiosidades, y un sentimiento nacional embarga a todos.

Los descendientes de etnias autóctonas no forman una masa considerable. Más importantes en el desenvolvimiento de Chile han sido los alemanes, ingleses, franceses, italianos, yugoeslavos y sirios palestinos, y sería disparatado decir que marquen diversidades.

Chile posee mayor unidad que Perú, Bolivia y México, y se aproxima a la realidad de muchos países europeos. No debe olvidarse que muchos de ellos poseen contingentes variados y han recibido migraciones transformadoras. Pero nadie podrá decir que Italia, España, Francia y aun las naciones del norte carecen de unidad.

Emplear cualquier concepto general implica recurrir a la historia comparativa, que es la que define características grandes y simples matices.

Pinto da por sentado que existen pueblos originarios, aunque sólo el caso de los aymaras y de los pascuenses pueden ser convincentes. Ignora que los actualmente llamados mapuches o araucanos no son más que descendientes mestizos, aunque muchos conservan el aspecto físico autóctono y algunas viejas costumbres.

Se ha repetido y demostrado hasta la saciedad que el mestizaje se inició muy tempranamente, que fue muy intenso y que al terminar la Colonia estaba avanzadísimo. Desde entonces se intensificó y llegó a ser la gran realidad de la Araucanía. En suma, ya no existe el pueblo originario, pero los indigenistas y políticos insisten en su presencia —aunque reconozcan el mestizaje— porque así conviene para la lucha y su utilización.

Lo que interesa no es la verdad histórica, sino la herramienta de lucha. Más que ser un estudioso de la historia se desea ser un abanderado.

Un *leitmotiv* recurrente en el escrito es la condena del desarrollo económico ligado a la economía mundial. En forma tajante se afirma “que nadie podrá discutir que la ocupación de la Araucanía se basó en el «interés de robustecer el modelo de crecimiento hacia afuera que imperaba en Chile en el siglo XIX»” (p. 223).

Hace veintidós años expusimos esa idea y no la objetaríamos ahora; aunque no estamos de acuerdo con el tono casi acusatorio, y la mantendríamos como una explicación.

El acerto, sin embargo, es solo parcial y deben considerarse otros aspectos si no se quiere caer en un materialismo cerrado. Desde luego, tal como señalamos en aquella ocasión, debe considerarse el aumento de la población campesina y vagabunda en las provincias del centro sur, con pocas fuentes de trabajo y una vida de ocio muy ligada al bandidaje. También operó un sector agrícola medio, característico de la zona y deseoso de mejores oportunidades.

Igualmente importante fue la voluntad nacional de manifestar la soberanía y organizar el territorio, aspecto que Pinto menciona, aunque con un sesgo negativo. En el siglo del racionalismo, de las tendencias unificadoras y del peligro que representaban las grandes potencias, la expresión de la soberanía era necesaria. No debe menospreciarse, tampoco, un sentimiento patrio que deseaba incluir aquella región en la entidad moral que es una nación. Por último, aunque a algunos les parezca trágico, hubo propósitos de catequizar e incorporarlos a la vida moderna.

Todos estos temas son olvidados por los proto y los postmarxistas que, en su obsesión por reducir todo a la lucha material, menosprecian la visión amplia y compleja de la historia, desconociendo lo que es el hombre. En caso de aceptar la existencia de esos elementos, los conciben como superestructurales y determinados por el materialismo. Son reduccionistas sin remedio.

El rechazo a la vinculación económica fuera de la región y con el extranjero es definitivo en Jorge Pinto que, entre otros dictámenes escribe: “Lo que ha ocurrido durante el siglo XX tiende a probar que la economía regional no [ha] logrado desenvolverse con éxito, en gran parte porque ha debido supeditar sus procesos de desarrollo a los cambios que se han producido fuera de sus fronteras y alterar de un modo paradójico y contra el tiempo las bases en que se estaba sosteniendo” (p. 224).

Con anterioridad y refiriéndose al siglo XIX, señala, con dedo acusador, al Estado por construir caminos y ferrocarriles “para el éxito de las exportaciones” (p. 173) y constituir en Nacimiento una especie de Valparaíso, que “favoreciese el comercio exterior”.

Se deduce que le complace la economía de la papa, el maíz la nalca, el digüeño y el piñón, el transporte por senderos y a pie desnudo, y el cruce de los ríos por los vados. ¡Nada de pinos insignes ni eucaliptos, maderas ensambladas ni celulosa! Menos aún los celulares, el E-mail y las centrales hidroeléctricas.

En este sentido, los planteamientos concuerdan con el informe de la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato del año 2003, que con la mayor seriedad recomendó preferir los productos agrícolas ancestrales.

Por mucho que forzamos la imaginación, no logramos comprender cómo los mestizos de araucanos, encerrados en su vieja economía autosuficiente, habrían podido alcanzar algún desarrollo. El mismo autor ha señalado que esa economía extendía logros más allá de su espacio y, en una incongruencia más, no se entiende cómo podría conectarse con una economía mundo sin aceptar las reglas del juego. La competencia en el mercado, la tecnificación y la capitalización eran los campos reales en que había que encontrarse. Y eso era parte de la cultura dominante.

Resulta increíble tener que abundar en estas cosas.

Paradójicas son otras consideraciones de Pinto sobre el impacto de las exportaciones, vistas desde el ángulo clasista. “La idea de transformar la Frontera en el granero de Chile y buscar a través de la región vinculaciones con los mercados del Atlántico habla de una voluntad manifiesta de sostener un modelo económico que tanto había favorecido al empresariado chileno” (p. 223).

Presentadas así las cosas, viene a resultar que la gran exportación triguera no se basa tanto en la agricultura del Valle Central al norte del Biobío, sino en las tierras araucanas. Dada la enorme capacidad productora del centro, acrecentada por las obras de regadío, la selección de especies, el uso de abonos y la mecanización, aunque no fuesen fenómenos intensos, el aporte de la Araucanía debe ser relativizado.

Por otra parte, si se observa un gráfico de la exportación triguera, el fuerte aumento comienza antes de la plena incorporación de la Frontera, hacia 1865, y se mantiene elevado, sólo con las crisis coyunturales iniciadas en 1875 y 1886, lo que en buenos términos significa que a pesar de la integración no hubo un aumento significativo del aporte triguero. Todavía peor: estabilizada por completo la región de la Araucanía, se produce la caída vertical de la exportación del grano, aunque es honesto reconocer que pudo provocarse por aumento del consumo nacional y por la competencia de las enormes llanuras del Medio Oeste norteamericano y de la Argentina. La Araucanía no palió el efecto.

No obstante el privilegio que el autor otorga al quehacer económico, en su discurrir no hay buen uso de los conceptos ni de los datos concretos. Plantea que al concluirse la incorporación –entiéndase la expansión agraria la reconversión del trabajo de las tierras indígenas, hacia fines del XIX, coincide con el momento en que se va a producir la sustitución de importaciones, evidentemente con su énfasis industrial (pp. 223-224).

Juega de ese modo con el tiempo como un malabarismo. Digamos que por entonces faltaban cuarenta años para el cambio de la política económica; pero como en historia nada es abrupto, recordemos que es cierto que la empresa privada desde comienzos del XX inició con paso medido la industrialización moderna: altos hornos de Corral, centrales eléctricas, Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, Cemento Melón, etc. Esos hitos suelen ser ignorados por el izquierdismo estatista.

Comprimiendo aún más el tiempo de manera desconcertante, el profesor salta a la caída de Allende y el neoliberalismo.

Otra suposición gratuita es la contraposición de agricultura e industria, en un esquema ya desechado. La producción del campo no es incompatible con la industrial, antes es apoyo necesario y la favorece. Ese fenómeno fue claro con la mayor demanda de productos agroganaderos del centro y sur a raíz de la expansión de la industria salitrera.

Contrariamente a lo que Pinto indica sobre un fracaso agrario en la Araucanía, las cifras fueron muy halagüeñas si nos atenemos a la producción de trigo en la provincias de Arauco y Malleco, expresadas en miles de quintales métricos por promedios anuales:

1877 – 78	299
1834 – 85	430
1904 – 05	557
1912 – 13	1.656

En treinta y seis años la producción aumentó 5,53 veces. En el resto del país, solo 2,2 veces.

El supuesto fracaso agrario ocurriría a pesar de las políticas gubernativas, la colonización desde el centro del país, las innovaciones tecnológicas y la colonización por extranjeros.

Pinto insiste en que la llegada de europeos, organizada por el Estado a causa de los prejuicios raciales y una supuesta cultura superior, no dio los frutos deseados. En parte tiene razón, porque los vascos franceses, suizos, italianos y españoles no dieron todo el resultado esperado. Muchos de ellos no estaban preparados para las tareas agrarias, aprovecharon los beneficios otorgados por el Estado y partieron a las ciudades del centro.

Los recuerdos de viaje del pastor suizo Francisco Grin, *Las colonias suizas de la Araucanía*, que contribuimos a publicar en 1987, son una prueba de lo dicho.

Pero sería un error pensar en un fenómeno generalizado, porque es indudable que de todos modos hubo incorporación de tierras al cultivo, tareas industriales, comerciales y profesionales. La colonización alemana, aunque no estuvo propiamente centrada en la región, fue un éxito admirable.

En las páginas del libro que comentamos corre un aire de chauvinismo y regionalismo contrario a la influencia de los extranjeros, que se une a la reticencia frente a la cultura occidental. Pinto lamenta que los araucanos fuesen excluidos para reemplazarlos por los colonos nacionales y foráneos (p.10). La deducción lógica sugerida entre líneas es que los araucanos pudieron ser los autores del desenvolvimiento de la Frontera, quizás sabiamente guiados (paternalismo). Pero esa idea mirífica no pasa de ser una ingenuidad porque la etnia araucana no podía salvar el profundo abismo cultural que la separaba del mundo moderno. No había otro medio para transformar y desarrollar la región, sino con un traspaso de población chilena y extranjera con su cultura y técnica más desenvueltas. En esa forma pensaron los estadistas y la elite, a sabiendas de que habría roces y tropiezos. Pero no había otra forma de proceder. Es la forma de gobernar un país con visión de totalidad y futuro.

Los estudiosos debieran entender que la Historia Mundial es inexorable en el cambio, que arrastra pueblos y culturas y que a veces produce situaciones lamentables. Ha habido pequeñas comunidades, pueblos enteros con millones de habitantes, que han quedado al margen, han sido absorbidos o eliminados. ¿Qué ha quedado de los persas, los celtas, los hititas y los etruscos? ¿Acaso debe condenarse a Irak, a Inglaterra, a Grecia y a Roma?

¿Qué ocurrió con los antiguos pehuenches? ¿No desaparecieron a mano de los araucanos?

Estas consideraciones ya las hemos expuesto con anterioridad. Nadie las ha refutado y se prefiere la táctica del avestruz. Insistiremos que ignorar es un método frecuente entre los intelectuales porque se evita el trabajo de pensar y no hay para qué sentirse aludido. Es más fácil la obstinación a ciegas.

Los estudiosos de los araucanos se encierran en la historia más reducida de ellos, la cultivan. La profundizan, la hacen razón de ser y se niegan a entender los fenómenos externos. Es una tendencia a la autarquía mental.

Todo hecho debe ser comprendido dentro de la tendencia mayor, aunque no se la justifique en sus rasgos violentos.

Un tema curioso abordado en *De la inclusión a la exclusión* es la formación de circuitos comerciales indígenas desde la Colonia al siglo XIX. Es un planteamiento sistemático aparentemente convincente. En forma general puede observarse una incongruencia: mientras el autor se muestra entusiasta con el

dinamismo comercial de los araucanos, más adelante se muestra reacio y francamente crítico en relación con el tráfico chileno y extranjero. Es claro que en este último caso el comercio es conducido por los *huincas*, pero no es menos cierto que también beneficia a los descendientes de araucanos.

El tratamiento del tema merece otras objeciones. Los circuitos que señala, aunque es indudable que existieron, fueron menos activos de lo que sugiere y de ninguna manera alcanzaron ámbitos continentales importantes. Señalar vinculaciones comerciales con grandes flechas en un mapa puede ser una falsedad si no descansa en cifras y periodicidad claramente establecidas. Esas flechas quizás no denotan más que a unos cuantos conchavadores en sus famélicos caballos conduciendo unas cuantas reses sufridas y unos ponchos maltrechos, que ocasionalmente llegaban a uno que otro lugar.

Detengámonos en dos productos que harían el peso del comercio: los tejidos vastos de lana y los ganados. Es cierto que circunstancialmente hay indicios de su paso de la Frontera al Centro Sur.

En cuanto a los productos de lana –ponchos, mantas y frazadas– debe tenerse en cuenta que su producción era muy grande en los campos del país, donde no había casi un rancho que no tuviese un telar. En el distrito Longaví–Ñuble había una economía ovejuna y hay fuentes que se refieren a la fuerte producción de textiles de la región de Chillán que abastecían al reino y se enviaban al norte. Con todo, no dejaban de pasar especies textiles, pero el hecho no puede ser presentado con palabras entusiastas, y menos hablar de una economía indígena conectada con la capitalista. No entonces.

Respecto de los ganados, antes de incluir unos cuantos datos, hay que atenderse a la obra de Leonardo León, *Maloqueros y conchavadores*, apenas mencionada de paso y no utilizada, que en treinta y una páginas demuestra sobradamente que los ganados eran desplazados más bien desde el Centro Sur a la Araucanía, y ello preocupaba a las autoridades porque robustecía la capacidad bélica de los aborígenes.

Hay que tener presente que la masa ganadera en las tierras situadas inmediatamente al norte del Biobío era cercana a las 101.654 cabezas.

Pinto proporciona alguna información en el mismo sentido, aunque no se percata de que la existencia de tal masa hacía innecesaria la extracción desde la Araucanía y era, más bien, la base de envíos a aquel destino. Esta misma situación resta verosimilitud a la afirmación de que el aporte ganadero de los araucanos alimentaba el envío de sus productos al Perú, conectando con las grandes redes capitalistas (p. 31).

De paso digamos que la idea de ser Potosí un gran polo de desarrollo de las economías cercanas, no es tan evidente, según expresamos en el tomo IV de la

*Historia del pueblo chileno.* El ritmo de la economía de Chile no correspondió con el de Potosí durante el siglo XVII, y menos aún en el XVIII.

Hacemos otras dos salvedades. Los ganados caballares y vacunos traídos por los indígenas no eran producto de un comercio, sino el resultado de las malocas contra los establecimientos del Plata en la línea de Cuyo a Buenos Aires. En segundo lugar, los ganados así obtenidos eran dirigidos al sector de Villarrica y eran parte de las andanzas de los huilliches. En esta región, Valdivia y Río Bueno, por lo demás, se había desarrollado una ganadería no despreciable.

Jorge Pinto asevera, por otra parte, que los pehuenches traían caballos de las pampas al Centro Sur y cita al respecto un artículo de Gladis Varela y Ana Biset, que en una sola frase mencionan el supuesto tráfico de caballos y sin fundamentarlo de ninguna manera. Ambas argentinas se basan en forma general, en nuestro libro *Los pehuenches en la vida fronteriza*, mencionado ligeramente, y el profesor Pinto se atiene a la opinión de ellas, sin utilizar para nada nuestro aporte. Es un hecho extraño, en cuanto proporcionamos una información que avala con diversas fuentes la existencia del comercio caballar, sólo que con dos observaciones: no fue un movimiento muy intenso y también se efectuaba del Centro Sur a las tribus pehuenches.

Cambiando de época y de tema, queremos referirnos al enfoque relativo a los historiadores del siglo XIX y su visión en torno a los araucanos.

No hay duda de que con excepción de José Toribio Medina no hubo especial preocupación por los indígenas y que ello se comprende en una centuria basada en el proceso y la valorización del individuo. También debe tenerse en cuenta que fundamentalmente se hacía la historia de una sociedad que había construido y seguía construyendo una nación. Prescindencia, en consecuencia, de los elementos perturbadores.

Jorge Pinto centra sus opiniones en la obra de Miguel Luis Amunátegui, quien, es cierto, no estudió en forma específica a las etnias, que aparecen únicamente en relación con la resistencia, la lucha y el trabajo. Pero también es verdad que condenó la violencia de los conquistadores, criticó las determinaciones de las autoridades, la encomienda, la esclavitud y algunos planes atroces. Y en sentido inverso, elogió la política protectora de la corona.

En *Los precursores de la Independencia de Chile* se encuentran esos temas y era justo reconocerlo.

Conectadas en cierto modo con lo anterior, son las consideraciones que dedica Jorge Pinto a la conservación de la memoria histórica, indudablemente vista como reflejo de un trayecto exitoso. Esa visión en realidad existió; pero una vez más se cae en la exageración y se violenta la realidad (p. 97).

Entre los hechos destinados a preservar el recuerdo se menciona la creación de la Biblioteca Nacional, cuyo objeto primordial fue muy diferente: difundir la cultura en todas sus ramas a través del saber impreso. Más equivocado aún es recordar como afán de registrar el pasado la mantención de los censos, la publicación de los diarios oficiales, los debates parlamentarios, las memorias ministeriales y otros documentos. Por cierto que los investigadores utilizan esas fuentes y muchas otras, pero al publicarlas el propósito era mantener registros ordenados y fácilmente accesibles, para todos los fines práctico inmediatos, según corresponde a un Estado orgánico y una colectividad involucrada en la vida pública.

El libro que comentamos ha merecido una segunda edición en 2003 gracias a la buena voluntad del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos. En esa edición encontramos el agregado de un capítulo titulado “Arauco tiene una pena”.

Hastiado, probablemente, con la aridez de su visión, el autor ha querido ponerle algo de poesía, laudable propósito, siempre que no sea una adulteración de la realidad. Ha amasado en el texto, sin periodos ni rima, la poesía épica, la dramática y la lírica. Ahí está la lucha denodada de los araucanos, el dolor de su derrota y la construcción de un mundo interior emotivo de los afectados y de los tremendistas.

Mencionar la pena de Arauco es recurrir a la música popular, a la inspiración artística, que toca en lo emotivo y no en lo racional ni lo objetivo y pensado. El mundo de los artistas es así, descansa en los impulsos sensibles, las cosas aparentes, las palabras fáciles y no la meditación serena y sistemática.

No es bueno dejarse llevar por la poesía.

En el capítulo referido, Jorge Pinto exhibe como ejemplo de las malas enseñanzas sobre la Araucanía, un modesto librito nuestro, elaborado en colaboración con Marta Finsterbusch, destinado a los niños de Enseñanza Básica. Pero no consultó sus páginas, sino que se atuvo a la cita de una obra de Gilberto Triviños.

En el fondo de la cuestión, el profesor Pinto procura demostrar, bastante a la ligera, que los niños, desde pequeñitos reciben una historia purificada de lo que fue la integración final de la Araucanía. Su método no puede ser más curioso: no consultó nuestro librito, sino una cita indirecta de una obra de Gilberto Triviños y sobre esa base especula. Anota que en el manual nuestro el tema de la Araucanía en el siglo XIX aparece en un capítulo titulado “La expansión. El país se desarrolla, crece y se agranda”, dando a entender que todo fue bajo un signo progresista y que los indios no importaban.

El error o la mala fe es evidente, porque nuestro capítulo enfoca el desarrollo general del país, incluyendo el desenvolvimiento económico, cultural y político. Hasta aparece el movimiento laico contra la Iglesia, la libertad de culto, la cuestión de los cementerios y la creación del Registro Civil. Dentro de ese panorama se da cabida a la colonización alemana y a la integración de la Araucanía, de modo que no hay que confundir lo global con lo específico.

Para cargar las tintas, agrega que los hechos de la Araucanía se relatan, según el manual, de “la manera más sencilla, amena y atractiva”, siempre según cita de Triviños. El desliz, sin embargo, es fenomenal. Esas palabras no son de los autores, sino que las colocó la editorial en la cubierta trasera del librito y sólo como una apreciación general y destinada a caracterizarlo para el público. Para criticar una obra, por lo menos hay que tenerla en las manos.

Tomar todas las equivocaciones y enfoques erróneos de Pinto sería de nunca acabar; pero no dejemos de agregar algo más sobre el último punto. Para mostrar que no se puede hacer una exposición sencilla, amena y atractiva, entrega el testimonio de Cornelio Saavedra sobre la índole cruel e inhumana de la lucha; pero se abstiene, intencionadamente o por desconocimiento, de citar al general Manuel Pinto, que explica por qué en algunos momentos hubo que recurrir a esa forma de lucha ante un enemigo huidizo y que caía sorpresivamente a tierras que ya estaban colonizadas y donde reinaba la paz.

Cualquier interpretación de la historia requiere de una base documental bien conocida.

Todavía hay algo más, que Pinto pudo tomar en cuenta si hubiese ojeado nuestro texto. En él se habla también de las rebeliones y combates, no sólo de una incorporación progresista de la Frontera. Pero no hay choques terribles, matanzas ni sangre a destajo, como hubiese deseado nuestro contradictor. No pareció conveniente la truculencia pedagógica. Tampoco hay nada parecido en la Independencia ni en la Guerra del Pacífico, porque la historia no es una película de televisión con mucha adrenalina y efectos especiales.

Hay que considerar que por la misma razón no se dice nada de las atrocidades de los araucanos, las venganzas entre ellos, la venta de mujeres y niños, la embriaguez y la homosexualidad ni las intrigas siniestras de los *machi*.

Curiosamente, y no sabemos por qué razón, Pinto repitió parte de su texto en un artículo publicado en la *Revista de historia y geografía*, N° 17, año 1993.

Jorge Pinto es una persona alejada de las humanidades y por esa razón no comprende cabalmente al ser humano. Ha preferido las ciencias sociales, se ha encerrado en ellas y en una posición político filosófica de la que no podrá

salir porque se ha mantenido en ella de manera obcecada a pesar de los cambios que ha experimentado el mundo.

Su lenguaje es el de un creyente y se nota en forma continua.

En todo caso, su posición es honesta y emana de la profundidad de su conciencia.

En materia de lenguaje, tropezamos a cada rato con la palabra mapuche, que no es un uso desprevenido, sino expresión de un concepto meditado, aunque con ligereza.

Los nativos situados entre el río Itata y el Toltén, siempre fueron denominados araucanos, una deformación fonética castellana del término *raghco*, aguada gredosa, como se conoce al río Carampangue. Los conquistadores extendieron el nombre a la región, Arauco, que fue inmortalizada por ellos y tuvo cumbres tan notables en la literatura como en *La Araucana* y *Arauco Domado*.

La designación se impuso y no fue disputada por nadie, hasta que el Quinto Centenario del Descubrimiento de América vino a cambiar las cosas.

Los antiguos araucanos no se autodesignaban como *mapuches*, porque éste no era un gentilicio. Se daban el nombre de *reches*, que únicamente significaba “hombre verdadero”. Solo en el siglo XVII y más propiamente en el XIX apareció el vocablo *mapuche*, de uso culto, pero siguió predominando el nombre de araucano casi sin excepción.

El tema ha sido estudiado con erudición por Mario Orellana y por un francés de actitudes desafortunadas y nombre rimbombante, Guillaume Boccara.

No existe, en consecuencia, ninguna razón para usar la palabra mapuche que, a nuestro parecer, debería aplicarse a todos los hombres de la tierra, que entre el río Choapa y los confines de Chiloé hablaban el *mapudungun* y tenían por lo tanto, una identificación territorial y cultural.

El término *mapuche* tiene una connotación ideológica y política de rebeldía y fue difundido por los intelectuales indigenistas, los políticos y los periodistas. Posee una carga sensible que llega al fanatismo.

Sin embargo, los estudiosos deberían tener una actitud más razonadora.

El uso de la palabra ofrece una curiosidad lingüística a todas luces errónea, pero ante la cual los antropólogos y los historiadores étnicos no reaccionan porque no tienen cultura idiomática y politizan hasta la palabra. Nos referimos a la formación del plural de *mapuche*, que hemos discutido al menos en dos publicaciones, pero que por inercia o mimetismo ideológico se prefiere ignorar.

Jorge Pinto cae en el mismo problema y, desde luego, emplea mapuche en vez de araucano. Al hablar en plural, en lugar de usar la expresión “los mapuches” utiliza “los mapuche” cayendo en una doble aberración. Si escribe en castellano, debería formar el plural de acuerdo con la índole de este idioma, es decir, agregando una “s”. En caso de amoldarse al uso araucano, debería escribir “pu mapuche”, pero los intelectuales indigenistas conocen sólo unas cuantas palabras e ignoran la gramática autóctona. Es una postura de *camouflage*.

El hecho esencial es que emplean la lengua castellana y, por lo tanto deben seguir sus modalidades, sobre todo porque “mapuche” ya está incorporado al léxico corriente. Distinto es hablar en *mapudungun*, en cuyo caso deben seguirse sus reglas sintácticas.

Estamos seguros de que los mapuchistas emplean sin remilgos, y sin atender al origen, los vocablos, cahuines, cahuineros, rucas, ruquerío, pellín, apellinado, pichín y pichintún.

En los campos y aun en las ciudades de la Araucanía, se emplean numerosas palabras autóctonas y se las deriva a gusto, tales como hueñi, chigua, cuntra, chulleco, curiche, etc.

En todo Chile, palabras de origen americano son objeto de declinaciones castellanas: caciques, cacicazgo, canchas, canchero, guatas, guatitas, guatón, guatero, cholo, chola, acholarse, etc. En estas materias los araucanos son más dúctiles que sus estudiosos y han producido términos mestizos como Malalcahuello (corral de caballos) y Matanzahue (lugar de matanza).

¿Es legítimo hablar de maulino, temucano, temuquense, chillanejo y, en fin, chilenos, chilenidad, chilenismo?

Los idiomas poseen una gran ductilidad y si se aceptan transformaciones, no hay razón alguna para no aceptar la declinación en los sustantivos asimilados. Empecinarse en la expresión “los mapuche”, es solo manifestación paranoica del ideologismo y por eso mismo el engendro subsistirá.

En algún artículo de algún autor, hemos leído por ahí el vocablo grecoarauca-  
no, *mapudungólogo*, destinado, al parecer, a quien estudia el *mapudungun*. Es una nueva maravilla idiomática, mestiza ideológicamente, que emplea la desinencia *logos*, que en Grecia ha designado al discurso racional, el estudio y la ciencia. Se busca, en consecuencia, dignificar al entendido en lengua araucana y a esta misma, poniéndolos a la altura del sociólogo y la sociología, el entomólogo y la entomología; aunque también pueden compararse a astrólogo y astrología u otros compuestos como logomaquia y logogrifo.

En esto de echar a volar la imaginación no hay más que comenzar, hasta llegar a la ridiculez.

No queremos pasar por alto el desconcierto que nos causa el subtítulo de la obra de Pinto: *La formación del estado, la nación y el pueblo mapuche*. Está claro que se trata de la institución estatal entre los mapuches, pero ese tema no aparece en ninguna parte del libro; en cambio, se encuentra la formación del Estado y la acción de la nación chilena y su influencia sobre el pueblo mapuche.

Es un concepto mal expresado, que induce a una equivocación sobre el contenido esencial del libro.

De paso digamos que referirse a la formación del Estado y la nación bajo el régimen republicano, como en cierto modo lo hizo Mario Góngora, es un enfoque equivocado. El Estado en Chile comenzó a actuar en el momento en que Valdivia tomó posesión del territorio en el valle de Copiapó, y su existencia, perfectamente constituido, fue uno de los grandes legados de la Colonia. La nación comenzó a formarse en época igualmente temprana, cuando nacieron los hijos de los cristianos, balbucearon las primeras palabras y rezaron sus oraciones todavía sin comprenderlas.

Estemos de acuerdo en que la nación y el Estado británicos en su formación pasaron por el reinado de Beodicea, el desempeño de las legiones romanas, las oleadas de vikingos, el mandato del rey Canuto, la invasión normanda, Simón de Monfort y la Carta Magna y, en fin, el Acta de Unión de 1707.

En el libro que comentamos, por otra parte, el uso de nuestro idioma es defectuoso. Suele incurrirse en errores variados: barbaridad (por barbarie), referente (por referencia), heredar (por dejar en herencia), incluir al (por incluir en), entrecomillados (por citas entre comillas), capturar (por captar), campesinizados (por reducidos a campesinos). Frecuentemente se elimina el vocablo “de” en la expresión “de que” en los casos que es indispensable.

Absolutamente caótico es el empleo de comillas o su omisión y tipos de letra, al extremo de que no se sabe si la referencia es a un documento, un libro, un periódico, un artículo o una tesis inédita. Este aspecto no es aceptable en investigadores avezados ni principiantes. En estas materias, el idioma castellano tiene sus usos establecidos, con muy pocas variaciones, tal como se encuentra en las obras consagradas y en los estudios bibliográficos.

La prisa por redactar para acrecentar antecedentes con rapidez, justificar el cumplimiento en concursos, presentar un “papel” en un congreso y la idea de que lo único que importa es el pensamiento más profundo, han conducido a un gran desorden en lo formal. Ya es hora de reaccionar, aunque haya que estudiar un rato.

Debe tenerse en cuenta que lo formal representa cuestiones de fondo, que no es un simple capricho. Las ideas claras se expresan con claridad. Si el nombre de un periódico aparece en letra redonda, queda en duda si el título es una expresión del autor; si una tesis aparece en letra cursiva, significa que está impresa. El título de un libro escrito entre comillas puede confundirse con la cita de un documento.

Es posible que al leer, casos de esta índole se diluciden después de una corta reflexión; pero desde el momento que obligan a pensar, aunque sea durante un segundo, la lectura resulta fastidiosa por acumulación y, al fin, aburridora. Nada digamos de la falta de fluidez, los ritmos violentos, las disonancias, cacofonías, rипios y repetición de palabras y neologismos estrambóticos.

Después nos quejamos de que la historia no es leída.

Muchos otros errores, de todos los calibres, podrían señalarse en el libro que nos ha preocupado; pero es preciso dejarlos de lado para no hacer interminable este artículo.

Estimando globalmente la obra, se ve que el autor no está interesado en la historia del país, que a menudo fuerza equivocadamente, sino que solo está sumido en la Araucanía y llega a identificarse con ella. Curiosamente, habla “de nuestra región”, aunque nació en el paisaje reseco del Norte Chico.

Queda la impresión de que escribe para los estudiantes de Temuco y de que no puede salir más allá de las aulas de la Universidad de la Frontera.

Pero no hay que engañarse, porque también está interesado en una lucha política y subordina la historia a ella. No es que simplemente la historia sea la explicación del presente conflictivo, sino que se la condiciona para justificar una causa.

En las primeras páginas Pinto se solaza señalando titulares de la prensa que han dado cuenta de reacciones violentas en el antiguo territorio de la Frontera, y de comienzo a fin su libro es una condena dramática de todo lo ocurrido en la Araucanía. No ha habido nada bueno. Hasta los propósitos de “inclusión” tienen rasgos oscuros y en un manejo incongruente de las ideas se prefiere la “exclusión”.

Con todo, la mayor equivocación de Pinto y demás indigenistas al uso, está en su limitación temática. Se encierran en la Araucanía transformándola en su universo, sin querer entender que forma parte de una realidad muy grande, enorme y poderosa, la Historia Mundial, que es donde los hechos cobran su verdadero sentido.

Apurando el método, algún investigador animoso podrá recluir su comprensión al *lafquenmapu*, a los araucanos o a los *nagche* –y de hecho uno lo ha intentado sin ser animoso– y podría escudriñar en los rincones más intrincados, hasta perder de vista el horizonte más inmediato. Quedaría complacido, pero no entendería nada de lo que realmente es la historia.

Es lo mismo que le ocurre a los que se complacen en el pasado araucano y no entienden que es una pequeña parte de la historia del país y mínima en la gran historia del mundo. Se rehúsan a comprender los grandes trayectos y que son éstos los que determinan todo el acontecer. ¿Qué va a ser de los botocudos del Brasil y de los yanomani de Venezuela?

Después de todo, quizás lo comprenden, pero no pueden reconocerlo públicamente. Se quedarían sin bandera y sin muchas otras cosas.

En forma general, y sin individualizar a nadie, ocurre en Chile, igual que en otras partes, que los estudiosos hacen suyos temas muy dramáticos y los transforman en palenques personales, que realzan su figura y los destacan más si en las páginas que escriben “victimizan” aún más a las víctimas.